

Las adicciones y la familia

Francisco José Lucero Obiols



Introducción

1. La dinámica del deseo y de la acción en la adicción
 - 1.1. La dinámica del deseo
 - 1.2. La dinámica de la acción
 - 1.3. La afectividad
 - 1.4. La perfección de la acción en las virtudes
 - 1.5. El deseo, la acción y la adicción
2. Consecuencias de la adicción en la persona adicta y en la familia
 - 2.1. La persona adicta
 - 2.2. La familia de la persona adicta
3. Comprendiendo las adicciones en la familia desde la dinámica del don y la enseñanza de Juan Pablo II
 - 3.1. La dinámica del don
 - 3.2. Enseñanza de Juan Pablo II
 - 3.2.1. Teología del Cuerpo
 - 3.2.2. Familiaris Consortio

Conclusiones

INTRODUCCIÓN

Las adicciones se han convertido en un grave problema de salud pública, ya que afectan a miles de personas y tienen consecuencias tanto para quienes las padecen como para sus familias. Existe la importancia de abordar este tema desde una mirada integral que considere los múltiples factores biológicos, psicológicos y sociales que intervienen en el desarrollo de la adicción, más allá de juzgar al adicto desde una perspectiva externa.

El objetivo del trabajo es indagar en profundidad la experiencia subjetiva de la adicción, comprendiendo qué le ocurre a la persona adicta desde un enfoque integral que incluya las

dimensiones psicológica, biológica, social y espiritual. Para ello, se propone distinguir entre una "moral de primera persona", centrada en la subjetividad del adicto, y una "moral de tercera persona" más externa.

Asimismo, se plantea estudiar cómo se desordena la dinámica del deseo y la acción en el adicto, para luego mostrar cómo es posible recuperarla mediante el cultivo de virtudes y la integración en relaciones significativas. Otro elemento que se destaca es la dimensión amorosa de toda acción humana y cómo sanar el deseo y la voluntad del adicto a través de Dios.

En definitiva, conciliando un enfoque de "primera persona", las virtudes y el amor, se aspira a ofrecer una mirada compasiva e integral sobre la adicción que considere en profundidad la complejidad de la persona adicta.

1. LA DINÁMICA DEL DESEO Y DE LA ACCIÓN EN LA ADICCIÓN

Dentro de esa dimensión amorosa, el deseo y la acción son elementos intrínsecamente entrelazados en la experiencia humana, y por eso se deben entender para poder profundizar mejor en el tema de las adicciones en las personas. En el contexto de las adicciones, el deseo y la acción desempeñan un papel fundamental tanto en el desarrollo y perpetuación de la adicción como en el proceso de recuperación. En este contexto, exploraremos en detalle la naturaleza del deseo y la acción, para luego analizar su interacción con las adicciones.

1.1. La dinámica del deseo

Existen dos acepciones del deseo. Una acepción que dice que el deseo está dirigido a un objeto determinado (deseos), y otra que el deseo es una capacidad apetitiva (anhelo). De esta doble acepción se desprende la paradoja del deseo, pues a pesar de que hay deseos concretos que se pueden satisfacer el ser humano percibe la existencia de un deseo más grande (anhelo) que es imposible de satisfacer y que no se puede extinguir.

La dinámica del deseo se refiere al movimiento interno que hay en la persona humana hacia el bien. Tiene su origen en el amor, que es el principio de toda acción.

La dinámica del deseo en la persona humana es de gran importancia porque define la orientación de la vida de una persona, es decir, el objeto del deseo inicial marca el sentido de las acciones posteriores que se

realizan para alcanzarlo. De manera que estimula el crecimiento personal, pues el deseo lleva a la búsqueda continua, fomentando la superación y el perfeccionamiento y da sentido y motivación a la existencia, pues el querer poseer un bien superior da un horizonte de significado que hace que la vida valga la pena. Por otro lado, el deseo desordenado que no está regulado por la razón y la virtud puede ser muy perjudicial para una persona, conduciéndola a diversos tipos de insatisfacción, vacío interior y hasta al pecado. Requiere por tanto de una orientación correcta hacia los bienes verdaderos.

Por lo tanto, el ser humano debe intentar regular el deseo y evitar que se vuelva desordenado. Para esto hay que educar la razón para discernir cuáles son los bienes verdaderos que conducen a la felicidad y cuáles no. Esto permitirá orientar adecuadamente el deseo. Debe de formarse en las virtudes, pues estas permiten regular los impulsos del deseo de acuerdo con la razón y la rectitud moral. Así podrá cultivar el amor a Dios por sobre todas las cosas. Si bien el deseo forma parte de la naturaleza humana, reducirlo solamente al terreno físico es limitante y puede conducir a problemas. Se requieren enfoques integrales que contemplen todas las dimensiones de la persona para entender y orientar el deseo hacia el bien, hacia el amor, hacia Dios.

1.2. La dinámica de la acción

La acción humana trasciende la mera manifestación de la potencia al acto;

representa el fluir de una dinámica amorosa dentro de cada individuo. **En cada acción, el ser humano no solo expresa su amor con palabras, sino también a través de sus obras, comprometiendo su ser en su totalidad.** Es en el significado intrínseco de cada acción donde el ser humano encuentra la esencia de su existencia. A medida que la persona se involucra en actividades y busca su desarrollo personal, se va moldeando y madurando.

La complejidad del acto humano se manifiesta en la libertad que otorga a la voluntad y la razón de cada individuo. La dinámica de la acción adquiere su pleno significado al comprender que surge de la recepción previa de un don fundamental: el amor. Así, **la acción humana implica un continuo crecimiento impulsado por el don divino, que es recibido y ejercido a través de la libertad.**

Por lo tanto, la acción humana no es simplemente un movimiento espontáneo o reactivo, sino que posee una dinámica y estructura intencional propia que le confiere sentido y valor moral. La dinámica del obrar humano se manifiesta en la racionalidad interna con que la persona, a través de la mediación firme de intención y elección, ordena libre y responsablemente sus acciones en función de un fin ético que colma su aspiración más profunda de realización y felicidad. Esta mirada de la acción como acontecimiento personal antes que como mera conducción permite apreciar lo integral que es el actuar del ser humano.

1.3. La afectividad

Más allá de sus elementos estructurales, el deseo y la acción humana encuentran en la afectividad una de sus raíces más profundas. La afectividad, compuesta por las pasiones y el apetito sensitivo, juega un rol fundamental en el inicio de los actos y su significado moral.

La vinculación persona-acción puede verse a nivel del agente individual o en clave relacional. En este segundo sentido, es en la vinculación afectiva con Cristo donde la persona alcanza a comprender el sentido

último de su obrar, integrando sus actos particulares en una dinámica de significación más amplia.

La afectividad humana constituye una dimensión esencial del obrar moral al fundar la intencionalidad de los actos y revelar su verdadero alcance dentro de la experiencia del amor interpersonal con Dios. Conocer la dinámica afectiva enriquece la comprensión de la racionalidad subyacente en toda acción libre.

1.4. La perfección de la acción en las virtudes

Las virtudes, como cualidades estables y profundas del ser humano, desempeñan un papel crucial en la perfección de la acción humana. Al examinar la dinámica del deseo, la acción, el don y el amor, podemos comprender cómo las virtudes influyen en cada uno de estos aspectos, guiando al individuo hacia una vida más plena y moralmente satisfactoria.

Al cultivar las virtudes, el ser humano aprende a desear no solo lo que es placentero o conveniente en el momento, sino también lo que es verdaderamente bueno y virtuoso. En cuanto a la acción, las virtudes son las que proporcionan el impulso y la dirección adecuada para realizar actos virtuosos. Al ser hábitos operativos arraigados en la razón, las virtudes capacitan al individuo para actuar de manera consistente y ética en diversas situaciones.

Las virtudes son como la armadura que protege y perfecciona la acción humana, permitiendo que el deseo, la acción, el don y el amor sean dirigidos hacia el bien y la virtud.

1.5. El deseo, la acción y la adicción

El principal problema del deseo en una persona adicta es que se encuentra enfocado solo en la búsqueda de gratificaciones momentáneas a través del objeto de la adicción, ignorando su verdadera naturaleza trascendente orientada hacia la felicidad. Existe una vía para liberar el deseo adictivo a través de orientar la acción con amor y reconociendo

que el deseo subyacente busca la plenitud. El primer paso es comprender que el deseo adictivo expresa un anhelo más profundo, pudiendo dirigirse a metas elevadas. Otro elemento es reconocer que el principio de toda acción es el amor, recibido como un don previo manifestado en el amor de Dios y los demás. Recibir este amor transformador cambia la perspectiva y motivación. Finalmente, acoger la gracia de Dios renueva la libertad y orienta el deseo de forma armónica con la vocación. Esta gracia ofrece fuerza para los momentos difíciles.

La liberación del deseo adictivo es posible a través de acciones generadas por el amor. Al reconocer el anhelo subyacente y comprometerse en acciones inspiradas en el amor y servicio, la persona encuentra la verdadera liberación y plenitud.

2. CONSECUENCIAS DE LA ADICCIÓN EN LA PERSONA ADICTA Y EN LA FAMILIA

La adicción es un fenómeno que afecta a millones de personas y que en la sociedad contemporánea empieza a entenderse cada vez más como una enfermedad, denominada trastorno por consumo de sustancias. Clasificarla de este modo busca comprender mejor su naturaleza compleja y reducir el estigma sobre quienes la padecen, reconociendo que pierden el control sobre su consumo y presentan alteraciones físicas y cerebrales características de una patología. Al igual que otras enfermedades, la adicción modifica las funciones normales del cuerpo y se aprovecha de sus procesos para perpetuarse, ya que las sustancias provocan cambios bioquímicos y fisiológicos que configuran un síndrome con síntomas específicos. Incluso a nivel molecular implica modificaciones genéticas y en los circuitos cerebrales, evidenciando su base biológica y profundo impacto en la salud. Por ello, se analizará las repercusiones que tiene la adicción a nivel biológico, psicológico, social y espiritual tanto en la persona adicta como en su entorno familiar, con el fin de comprender mejor esta enfermedad desde un enfoque integral.

2.1. La persona adicta

A nivel biológico, cada droga causa un tipo de daño, pero todas alteran el sistema de recompensa cerebral y la neurotransmisión, especialmente la dopamina. Esto genera dependencia física donde el cuerpo necesita la sustancia. Con el uso prolongado se producen deficiencias cerebrales que favorecen la adicción.

Psicológicamente, el adicto sufre una disonancia cognitiva y baja autoestima. Presenta pensamientos obsesivos por la necesidad de consumir. La experiencia de la adicción afecta profundamente la psique generando un conflicto interno.

A nivel social, el adicto suele aislarse para ocultar su problema. También cae en la dependencia al grupo y la presión social. Esto sumado a la falta de juicio, pueden llevarlo a comportamientos delictivos y terminar perdiendo relaciones. La adicción también tiene consecuencias económicas y legales, dificultando el mantenimiento de empleos y generando problemas legales. Existe también una fuerte estigmatización social.

Espiritualmente, la adicción puede desgastar el sentido de propósito y significado, dejando un sentimiento de vacío y desconexión. En muchos casos surge como una búsqueda de significado que se desvía a las sustancias.

Finalmente, la adicción afecta al sujeto de manera multidimensional, por lo que requiere un tratamiento integral que aborde todos estos factores biológicos, psicológicos, sociales y espirituales.

2.2. La familia de la persona adicta

La adicción es una enfermedad familiar, ya que los efectos que tiene se extienden más allá del adicto. La adicción no solo afecta al individuo que lucha contra ella, sino que tiene un impacto devastador en su familia.

Afecta también a la familia del adicto a nivel psicológico, generando emociones como preocupación, frustración e impotencia. La dinámica familiar se ve alterada asumiendo

roles para adaptarse a las necesidades del adicto.

A nivel social, la familia experimenta aislamiento y estigmatización al igual que el adicto. Sienten vergüenza que dificulta buscar ayuda.

Espiritualmente, la adicción desafía las creencias y valores familiares, afectando su sentido de unión y propósito. Puede generar que cuestionen su fe y esperanza. Los familiares experimentan una amplia gama de emociones como confusión, culpa, miedo y cuestionamientos sobre el adicto. También desarrollan problemas como obsesión, angustia, ira, negación y culpa sobre la adicción.

Para su recuperación, deben comprender que la adicción no es su culpa y poder ayudar al adicto sin asumir su responsabilidad. Desafiando su actitud pueden comenzar a sanar adoptando una postura de desapego y cuidado propio. Los miembros de la familia deben encontrar la fortaleza y la claridad necesarias para enfrentar los desafíos que surgen en su camino hacia la recuperación.

3. COMPRENDIENDO LAS ADICCIONES EN LA FAMILIA DESDE LA DINÁMICA DEL DON Y LA ENSEÑANZA DE JUAN PABLO II

3.1. La dinámica del don

La dinámica del don implica entender que la felicidad es un regalo de Dios y no un objetivo por alcanzar. Reconocer los dones diarios depende de nuestra relación con Dios a través de la oración y el crecimiento espiritual. El adicto experimenta una "sed del alma" que lo lleva a buscar la felicidad de forma compulsiva en las sustancias o comportamientos. Debe entenderla como un regalo y no una meta, ampliando su capacidad de desear a través de Dios.

Los familiares muchas veces intentan controlarlo en lugar de comprenderlo con compasión. Al reconocer la adicción también como una limitación espiritual, pueden desarrollar mayor paciencia y apoyo

desinteresado. Las dificultades de los familiares suelen deberse a una concepción errónea de la felicidad. Desde recibir los dones con gratitud pueden acompañar sin condiciones.

Entender la dinámica del don puede resultar muy beneficioso tanto para el adicto como para su familia, ya que permite cambiar una perspectiva basada en la ilusión de control o la culpa por otra centrada en la gratitud, la compasión y la esperanza. Tanto el adicto como su familia deben asumir que la vida son dones constantes de Dios. Al entender el camino propio y del otro desde esta dinámica se promueve un cambio espiritual integral de comprensión y esperanza.

3.2. Enseñanza de Juan Pablo II



(Foto de <https://alfayomega.es/nos-da-pena-que-el-tio-ya-no-este-para-seguir-preguntandole-cosas/>)

El concepto del "don" según la visión de Juan Pablo II se revela como un elemento central en su enseñanza sobre la familia y el amor conyugal: el hombre aparece en la Creación como aquel que ha recibido como don el mundo.

3.2.1 Teología del Cuerpo

La Teología del Cuerpo reconoce la dignidad integral de la persona, entendiendo que el cuerpo forma parte de la identidad y no es un mero objeto. Esto puede ayudar al adicto a no reducirse a su condición.

Psicológicamente, enseña que cada persona tiene un valor intrínseco y está llamada al amor y la donación. Puede ayudar a superar sentimientos de desvalorización. Socialmente, resalta la importancia de las

relaciones familiares basadas en el respeto y apoyo mutuo, proporcionando un entorno de recuperación. Espiritualmente, el cuerpo está destinado a participar en la vida divina y a la plenitud en la resurrección. Esto da sentido y esperanza para superar la adicción.

En resumen, la Teología del Cuerpo ilumina aspectos fundamentales de la persona y su dignidad. Puede enriquecer los enfoques de tratamiento respetando la vulnerabilidad con cercanía y esperanza.

3.2.2 *Familiaris Consortio*

La exhortación enfatiza la importancia de educar sobre valores desde pequeños para establecer límites sanos y evitar la sobreinvolucración en el proceso de recuperación del adicto.

Resalta que la familia debe dar un mensaje de aceptación y apoyo al adicto, recordando su valor más allá de la adicción. Esto permite abordar el tema con sinceridad y sin culpa. Promueve que la familia cree un clima de diálogo y fe donde el adicto pueda hablar libremente, fomentando la comunicación para enfrentar la adicción. Subraya la necesidad de relaciones basadas en el respeto, amor y justicia para expresar los sentimientos de forma constructiva y buscar la reconciliación. Enfatiza que la familia debe acercarse al adicto reconociendo su dignidad y dimensión espiritual más allá de la enfermedad.

Al comprender que su mayor sentido proviene de Dios, pueden aceptar la adicción sin culpabilidad y enfrentarla con esperanza. Propone que la familia sea una comunidad de apoyo que brinde consuelo y fortalezca los vínculos para sanar unidos.

CONCLUSIONES

El deseo y la acción son parte de la naturaleza humana y tienen una dinámica de

don y amor. En la adicción, esta dinámica se altera e ignora la verdadera naturaleza del deseo. Lograr reincorporar al adicto en una dinámica sana guiada por las virtudes es clave para la recuperación.

El proceso de recuperación de una adicción requiere necesariamente la recuperación de una sana dinámica entre el deseo y la acción. Durante la adicción, el deseo se encuentra distorsionado y centrado de manera patológica en la sustancia o conducta adictiva. Se pierde su orientación hacia el bien y el propósito intrínseco de la persona.

Para superar la adicción es preciso volver a guiar el deseo a través de la acción virtuosa. Mediante actividades constructivas y el ejercicio de las virtudes, se va reconvirviendo paulatinamente la naturaleza del deseo. La persona adicta va descubriendo otros objetos valiosos hacia los que canalizar su voluntad de felicidad. Al concebir la felicidad como don divino y no como meta, el adicto y su familia pueden transitar el proceso con mayor esperanza, paz y comprensión, basados en la dinámica del don.

La enseñanza de Juan Pablo II sobre la dignidad integral de la persona aporta perspectivas que enriquecen los enfoques terapéuticos al reconocer todas las dimensiones del ser humano. Sus directrices sobre el rol formador de la familia proporcionan pautas valiosas para acompañar al adicto con aceptación, fortalecer lazos y superar obstáculos.

En definitiva, la enseñanza de Juan Pablo II ilumina el sufrimiento reconociendo la dignidad y guía a familiares y profesionales con valores de respeto, solidaridad y esperanza para una recuperación integral que acompañe a recobrar la plena realización personal ■